

LOS ACONTECIMIENTOS DEL CONGO

Los graves problemas que desde su acceso a la independencia ha planteado el Congo han motivado en el último mes de diciembre la intervención armada de las Naciones Unidas para poner fin a la secesión de Katanga y obligar a su presidente, Moise Tshombe, a acatar la autoridad del Gobierno Central de Leopoldville.

Esta intervención, trascendental en los anales de la Organización mundial, reviste una importancia que no puede soslayarse. La misión fundamental de la O. N. U., la mediación y la pacificación, ha sido sustituida por una postura beligerante en una guerra civil que puede sentar un precedente de imprevisibles consecuencias en el futuro mundial. Resulta comprensible que a la vista del caos que prevalecía en el Congo independiente, la Organización buscase un medio de dar estabilidad a sus instituciones. La idea belga de que el Congo constituye una unidad política había sufrido serias contradicciones desde el 1 de julio de 1959. Los hechos venían demostrando que el Congo, como algunos países africanos, era una artificiosa entidad política creada por la colonización europea bajo la que se implicaba un complejo mosaico de regiones y tribus diferentes, a menudo antagónicas. Lograr la unificación política en un país semejante constituye un objetivo difícil de alcanzar. Mucho más cuando el Congo carece de un núcleo de personas preparadas para afrontar las arduas tareas del Gobierno de un país tan extenso. Suponer que la autoridad de un Gobierno central de Leopoldville puede ejercerse libremente en las distintas provincias congoleñas, es muy dudoso. Tal vez sólo podría lograrse, como pretendía Lumumba, mediante la fuerza y la coacción. Faltando los recursos para imponer esa draconiana obediencia, el Congo tiende a fragmentarse.

Movidos por esas consideraciones hemos expresado reiteradamente la opinión de que una asociación federal de Estados congoleños sería el medio más adecuado para lograr una efectiva estabilidad en el país. Entre esos Estados, Katanga ha demostrado, en el transcurso del año y medio, gozar

de una personalidad política suficientemente acusada y poseer los requisitos de administración, orden y madurez que deben prevalecer en todo Estado soberano.

Su asociación al Congo como Estado autónomo, mediante negociaciones libres y constructivas, debiera haber sido la meta de la acción de la O. N. U. Imponer por la fuerza, como ha ocurrido, la liquidación de un régimen que aspira a la autonomía de un Gobierno central débil y carente de autoridad, además de ir contra el derecho de autodeterminación de los pueblos, supone extender el caos a la única región que había disfrutado de visible estabilidad. Como muy justamente exponía el *Daily Telegraph*: «Las Naciones Unidas han llevado a cabo una acción lamentable, de la que nadie puede prever sus consecuencias. Lo ocurrido en Katanga ha sido una intervención armada contra el Gobierno legítimo de una provincia que ha sido llevada a la lucha, no por ilegalidad o incompetencia administrativa, tampoco por un acto de rebelión contra el Gobierno central, sino por el simple hecho de no estar de acuerdo con las demás provincias sobre la forma que debería adoptar una Constitución que no está todavía en vigor.» A la luz de la Carta de las Naciones Unidas parece claro que su misión en el Congo—si se trataba de actuar en armonía con los altos principios de la Organización—era la de evitar la guerra civil, pero es resolución aventurada y no justa la de hacer intervenir bélicamente sus contingentes militares para imponer una solución en la que no están conformes todos los congoleños, interfiriendo los deseos de sus poblaciones.

De tal forma la O. N. U. amenaza convertirse en un instrumento capaz de intervenir por la fuerza en los pequeños Estados a voluntad de las grandes potencias, desviándose de las características y prerrogativas que aconsejaron su fundación. En el Congo el problema consiste en resolver los problemas que separan a sus poblaciones mediante fórmulas conciliadoras y no por empleo de la violencia, que debe ser siempre condenada, quien quiera que la aplique. De innegable realismo ha sido la tesis británica durante el conflicto de no oponerse a la integración de Katanga en el Congo, siempre que se lograra mediante el mutuo consentimiento y sin el uso de la fuerza armada. Se ha desdeñado esta prudente actitud y se ha olvidado caprichosamente el principio de autodeterminación de los pueblos, negando a Katanga el derecho de pronunciarse acerca de sus propios deseos sobre su futuro político. En el Togo, en Camerún y en Nigeria, por citar algunos países africanos, las poblaciones tuvieron oportunidad de decidir su futuro en el curso de plebiscitos organizados y celebrados bajo la supervisión de las

Naciones Unidas. Pero esa elemental medida de justicia le ha sido negada a Katanga.

Esa preferencia hacia la sustitución de pacíficas negociaciones por el drástico empleo de la fuerza armada fué siempre defendida en la O. N. U. por algunos Estados afroasiáticos de gran influencia en el arcótipo internacional. Fundados en esas consideraciones hacíamos notar, en el pasado mes de marzo, que «surge la amenaza de que la presente guerra civil se transforme en una guerra de los congolese contra las Naciones Unidas»¹. Los acontecimientos ocurridos desde entonces confirmaron tan graves presagios. Desde el principio se advirtió una constante hostilidad de los contingentes africanos, colocados bajo el mando de la O. N. U., contra las tropas de Katanga. Así el 10 de abril se producían sangrientos choques entre soldados etíopes y gendarmes katangués. El 17 del mismo mes el presidente Kasavubu anunciaba que había firmado un acuerdo con el secretario general de la ONU aceptando la resolución de las Naciones Unidas de 21 de febrero. Esta declaración fué la causa de que en la conferencia de dirigentes congolese que se celebró en Coquilhatville, se produjera una seria divergencia entre Kasavubu y Tshombe, que acusó al presidente de la República de inclinarse ante los deseos de la Organización mundial, de imponer sus propias políticas en el Congo. El presidente de Katanga abandonó airadamente la reunión después de exigir que Kasavubu revocase su decisión. A consecuencia de tal hostilidad fué detenido Tshombe cuando se disponía a regresar a Elisabethville. La efervescencia que esta medida causó en Katanga pudo ser contenida difícilmente. El ministro katangués del Interior, Munongo, tuvo que difundir un mensaje instando a la calma. Se demostraba que Katanga y el resto del Congo tienen puntos de vista muy dispares y que los katangués sólo podrían formar parte de la República del Congo si ésta adquiriese una forma claramente federal. La tenacidad de la O. N. U. en imponer un régimen unitario al Congo, sin considerar estas discrepancias, supone una imposición de puntos de vista extraños. Sin considerar las graves perspectivas que se abrían ante el futuro del país, el 3 de mayo el secretario general de la O. N. U., Hammarskjöld, comunicaba al presidente Kasavubu que aplicaría «en su integridad» el acuerdo de reorganización del Ejército congolés, comenzando por la integración del katangués. Esta declaración suponía la intervención en Katanga por la fuerza, provocando una lucha que

¹ Julio Cola Alberich, «Turbulencia en el Congo», *Revista de Política Internacional*, núm. 54, pág. 152.

había de ser forzosamente sangrienta, dada la voluntad de resistencia de sus habitantes. La incongruencia de esta política con los deseos de las Naciones Unidas de «llevar la paz» al Congo fué acremente censurada en la prensa internacional. El *Daily Telegraph* (9 de mayo) comentaba: «Si se ataca a Katanga, se matará la gallina de los huevos de oro: en este caso, la mina de cobre. Si el Gobierno central tuviese sentido de lo práctico, consideraría a Katanga como firme base desde la que propagar el orden y la prosperidad al resto del Congo.»

Sorprende esta enérgica y belicosa postura de la O. N. U. ante el único Estado del Congo donde imperaba el orden, por cuanto que en aquellos días las fuerzas internacionales al servicio de la Organización mundial sufrían los más serios reveses a manos de las tropas del Ejército central, que oficialmente constituían el instrumento del orden de la República. El 1 de mayo las fuerzas ghanesas de la O. N. U. se veían obligadas a abandonar Port Francqui después de duros combates, en los que murieron 24 soldados de Ghana, cuyos cuerpos fueron hallados, posteriormente, decapitados. Otros 17 ghaneses, dos británicos y dos suecos fueron asesinados en la selva, después de haber sido hechos prisioneros. Pues bien, este Ejército, que asesinaba salvajemente a las tropas de las Naciones Unidas, es precisamente el que la Organización consideraba como legal del Congo y en el que debían integrarse sin dilación las disciplinadas fuerzas katanguéñas, que durante casi un año habían mantenido el orden en su Estado.

Simultáneamente, el motivo oficial por el que la O. N. U. trataba de imponer en Katanga la fuerza de sus armas era la de que debía terminarse con la secesión de dicho Estado. Pero ocurre que también el Gobierno de Stanleyville era abiertamente secesionista, sin que la O. N. U. adoptase ninguna medida para evitarlo. Gizenga llevaba su secesión mucho más lejos que Tshombe, puesto que había hecho reconocer su régimen por varios países extranjeros (R. A. U., Guinea, Ghana, Yugoslavia, Marruecos, Indonesia, la Unión Soviética, Checoslovaquia, Mongolia, Rumania, Vietnam del Norte, Cuba, Iraq, Polonia, Hungría, China Popular, Corea del Norte, etc.), que lo consideraban como legítimo del Congo, en oposición al de Leopoldville. El 31 de marzo el propio Gizenga había firmado un decreto destituyendo a Kasavubu de sus funciones de presidente de la República. No obstante este abierto desafío al Gobierno central que las Naciones Unidas declaraban sostener, la Organización mundial no adoptó ninguna medida análoga a la estipulada para Katanga.

Resulta desconcertante esta política de la O. N. U. en el Congo. Pero sus

efectos han sido desastrosos al aumentar el caos que destroza el país. La Conferencia de Coquilhatville había aprobado que el país se llamara en lo sucesivo República Federal del Congo, en la que se integrarían 19 Estados dotados de facultades de carácter local, entre los cuales serían de su jurisdicción los de concesión de derechos de explotación de minas. Este acuerdo significaba un paso positivo hacia una concordia nacional. No obstante, precisamente en esas fechas, Hammarskjold nombraba al doctor Conor Cruise O'Brien como delegado en Katanga. La labor de este funcionario de la ONU —conocido por su antipatía hacia todo lo que representaba el régimen de Tshombe— resultó nefasta, puesto que en Leopoldville manifestó claramente al Gobierno central la intención del secretario general de las Naciones Unidas de resolver por la fuerza el problema de Katanga. De tal forma los acuerdos de Coquilhatville, que significaban un primer paso de concordia, ante el temor de los distintos dirigentes de verse envueltos en un conflicto armado mutuo en que no pudieran imponerse netamente, quedaron relegados al olvido y todo el afán del Gobierno de Leopoldville se centró en que las tropas de la O. N. U. actuasen rápida y contundentemente.

Tshombe fué liberado y el 24 de junio regresaba a Elisabethville, que le acogió triunfalmente. Su libertad quedaba condicionada a que enviase los representantes de Katanga a la reunión del Parlamento congoleño. Indudablemente, Tshombe había formado una equivocada visión de la realidad política. Creía sinceramente que el espíritu de Coquilhatville iba a prevalecer y que se forjaría una estrecha unión entre Leopoldville y Elisabethville que terminaría con la destrucción del régimen procomunista de Gizenga —que el 15 de mayo había declarado que no reconocería los acuerdos de Coquilhatville—, instalado en Stanleyville. Así lo demuestran sus primeras declaraciones a su regreso a Katanga. «Lundula se encontrará impotente cuando se enfrente al Ejército unido de Katanga-Leopoldville, y esto, más pronto o más tarde, sucederá.»

Pero la realidad era muy distinta. La O. N. U. sólo aspiraba a la integración de Katanga y los primeros indicios de esa resolución se dieron el 17 de julio, al producirse un sangriento encuentro entre las fuerzas indias de la O. N. U. y la gendarmería katanguesa.

La reunión del Parlamento congoleño, iniciada el 25 de julio, supuso el triunfo de los lumumbistas más destacados, hecho previsible, puesto que constituían la mayoría. En la Cámara de Diputados Joseph Kassongo, del Movimiento Nacional Congoleño (lumumbista) fué reelegido presidente. Las dos vicesecretarías y las cuatro secretarías quedaban repartidas entre el

citado Movimiento, el Centro de Reagrupación Africana, de Kashamura (Kivu), el Partido Solidario Africano, de Gizenga (Kwilu), el Balubakat, de Sendwe (Katanga del Norte) y Reconciliación Congoleña (Kivu), que forman parte de la coalición lumumbista. En el Senado, Joseph Ileo no fué reelegido para la presidencia, que recayó en Komoriko. Ninguno de los partidos moderados que ocupaban el Poder en Leopoldville desde la muerte de Lumumba está representado en las mesas del Parlamento. Ni el Abako, de Kasavubu, ni el P. U. N. A. (Partido de la Unión Nacional), de Bolikango (provincia Ecuatorial), ni el M. N. C. K. (Movimiento Nacional Congoleño), de Kalonyi (Kasai), obtuvieron el menor puesto.

Consecuente a estos resultados, el 1 de agosto Ileo presentaba la dimisión de su Gobierno al presidente Kasavubu, que encargaba al anterior ministro del Interior, Cyrille Adula, que formase nuevo Gobierno. El día 2 quedaba constituido el nuevo Gobierno, siendo segundo vicepresidente Antoine Gizenga.

El triunfo de las tendencias neutralistas y prosoviéticas era completo, porque la coalición lumumbista ostentaba los puestos directivos del Parlamento y del Senado. En tal sentido, Adula anunciaba el 3 de agosto que su principal misión era «poner fin» a la secesión en Katanga, el Estado congolés que no había ocultado sus simpatías prooccidentales y su postura anti-comunista. Adula tenía que seguir la política de Lumumba si quería contar con el apoyo del Parlamento, en el supuesto de que no siguiese esa política de propia voluntad. Para conseguir sus propósitos, contaba con el apoyo firme de la O. N. U.—instigada por las potencias que reconocían a Stanleyville—, proclamado públicamente por el jefe de Operaciones civiles de la Organización en el Congo, Sture Linner, que declaraba el 3 de agosto que toda acción militar contra Katanga sería «meramente una operación de policía contra un régimen secesionista». En cuanto a su política internacional, Adula proclamaba que el Congo debe adoptar una política de «no compromiso».

Simultáneamente, el representante de la O. N. U. en Elisabethville, O'Brien, fomentaba la animadversión contra Katanga declarando, el 4 de agosto, que en Katanga existía «una atmósfera de malestar» contra el Gobierno central.

Que el Gobierno de Leopoldville no deseaba una solución negociada del problema de Katanga se demuestra en que, el 8 de agosto, Tshombe manifestó su propósito decidido de acudir a Leopoldville al frente de una delegación para entrevistarse con Adula, proposición que fué rechazada por el jefe del Gobierno al manifestar que no aceptaba dicha entrevista, ya que

nada tenía que negociar con Tshombe. Seguro del apoyo militar de la ONU, buscaba simplemente la rendición de Katanga. Por ello, el 25 de agosto se enviaba un batallón de tropas indias a Elisabethville para proceder al desarme de la gendarmería y policía katangueñas. El 27, tropas indias, irlandesas y suecas, con equipo completo de campaña, iniciaron la «operación control», bajo el mando de O'Brien. Los soldados de la O. N. U. ocuparon la central de Correos, desmantelaron las comunicaciones telegráficas y de télex, ocuparon la emisora de radio, cercaron el aeropuerto internacional y detuvieron a 68 oficiales europeos al servicio de Katanga.

Como pública demostración de la política exterior del Gobierno de Leopoldville se trasladaron Adula y Gizenga a Belgrado para asistir a la Conferencia de países neutralistas, ante la cual el 5 de septiembre pronunció un discurso Adula atacando duramente a Francia, Bélgica, Portugal y Suráfrica, siguiéndole en el uso de la palabra Antoine Gizenga, con lo que se dió la circunstancia de que el Congo fué el único de los países asistentes a quien se permitió la intervención de dos dirigentes. Gizenga se declaró «heredero espiritual de Lumumba y el más agradecido guardián de sus ideales».

El 7 de septiembre, el brigadier indio K. A. S. Raja, comandante militar de la O. N. U. en Katanga, declaró que sus tropas tenían orden de disparar a la menor provocación. Katanga publicaba un «Libro blanco» relatando las atrocidades cometidas por los balubas de Sendwe (vicepresidente primero del Gobierno central). Semejantes hechos han podido cometerse sin intervención de las fuerzas armadas de la O. N. U., cuya misión es asegurar el orden, y sin que motivaran la menor protesta del organismo internacional. Por otra parte, la O. N. U. exigía a Tshombe que se trasladase a Leopoldville, lo que rechazó el jefe katangueño porque cuatro diputados de Katanga que fueron enviados al Parlamento Nacional congoleño no habían podido obtener las garantías de libertad que habían prometido las Naciones Unidas, y dos de ellos habían tenido que escapar a Brazzaville y los otros dos habían desaparecido. Tshombe declaró que estaba dispuesto a negociar en cualquier lugar, excepto en Leopoldville. El 13 de septiembre, después de cuidadosa preparación, las fuerzas de la O. N. U. se lanzaron a lucha abierta para apoderarse de Elisabethville. Los soldados «gurtjas» indios llevaban el peso de los principales combates, con intervención de carros acorazados y material pesado, para aniquilar la intensa resistencia katangueña. Las tropas de las Naciones Unidas detuvieron a tres ministros katangueños y trataron infructuosamente de capturar a Tshombe.

Resulta desalentador que estos acontecimientos puedan haber sido pa-

trocinados por una organización cuya misión es la de velar por la seguridad y la paz internacionales. Toda esta acción fué meticulosamente preparada, y los hechos no dejan lugar a dudas. El propio Tshombe había anunciado públicamente veinticuatro horas antes de la iniciación de las operaciones la acción que iba a desencadenar la O. N. U. Esta acción fué criticada severamente por los países verdaderamente responsables. Lord Landsowne marchó al Congo para entrevistarse con Hammarskjold con el fin de manifestar enérgicamente el punto de vista británico contrario al uso de la fuerza para resolver las diferencias sobre Katanga.

Acentúa la gravedad de la acción las circunstancias de violencia en que se llevó a efecto la lucha. Las fuerzas atacantes fusilaron a muchos katangueños que se rendían y acribillaron a ambulancias de la Cruz Roja. Las normas de guerra aprobadas por las Convenciones internacionales han sido vulneradas por las tropas que debían velar por su cumplimiento. Para estas misiones nunca se debió acudir a tropas bisoñas, y resulta lamentable que contingentes de países europeos de alta civilización, suecos e irlandeses, se hayan visto forzados a luchar junto a las tropas que han demostrado barbarie.

Aparte de la repulsa de Gran Bretaña y Francia a la acción bélica en Katanga, otros países africanos han expresado reiteradamente su disgusto. El presidente del Senegal, el 14 de septiembre, declaraba que la acción de las fuerzas de la O. N. U. era «escandalosa e increíble». Frente a estas posiciones de mesura y moderación, los Estados Unidos, en una declaración del Departamento de Estado, apoyaban el «concepto de un Congo unificado y estable, de acuerdo con una serie de resoluciones aprobadas por el Consejo de Seguridad y la Asamblea General de la O. N. U.». Con mayor sentido de la responsabilidad el *New York Times* (día 12) declaraba que la acción de las fuerzas de la O. N. U. para poner fin a la secesión de Katanga «puede ser más peligrosa para la paz en Africa que la continuación del separatismo del presidente Tshombe». Los síntomas de desagrado que en la opinión mundial causó la acción militar culminó en que el secretario general de la O. N. U., Hammarskjold, que se dirigía a Brazzaville a tomar el avión, no pudo entrar en el Congo (ex francés) por ser declarado persona no grata por dicho Gobierno, profundamente indignado por el ataque de la O. N. U. a Katanga. El primer ministro de Rhodesia declaró también públicamente sus simpatías por la causa katangueña.

La enérgica reacción internacional a la agresión de Katanga, especialmente entre los países africanos del grupo de Brazzaville, instigó al secretario general de la O. N. U. a entrevistarse con Tshombe para tratar de con-

certar un armisticio. La muerte de Dag Hammarskjold, al estrellarse el avión en Rhodesia, evitó toda posibilidad de entendimiento entre los dos estadistas, circunstancia particularmente desgraciada para el futuro de Katanga, cuya suerte quedó diferida, pero no resuelta.

Cuando el 19 de septiembre se reunía Tshombe con el representante especial de la O. N. U., Mahmud Jiari, en Ndola, las bajas katangueñas ascendían ya a 1.000 muertos. Triste balance para una Organización dedicada al fomento del progreso, la paz y la concordia internacionales. El 20 de septiembre entraba en vigor el «alto el fuego» firmado por Tshombe y Jiari. Al día siguiente, en unas declaraciones, el representante de la ONU, declaraba que «la secesión de Katanga es un asunto interno estrictamente congoleño, y las Naciones Unidas únicamente se ocupan de poner en práctica las resoluciones del Consejo de Seguridad.

He aquí el nudo de la cuestión. Si la secesión de Katanga es un asunto interno congoleño, como lo es a todas luces, ¿cómo pueden efectuar una intromisión en un asunto interno de un país miembro de la Organización de las propias Naciones Unidas? Se ha vulnerado uno de los principios básicos de la Carta de las Naciones Unidas, y esto se ha hecho desencadenando una guerra en gran escala.

En este asunto no cabe dudar que la Organización mundial ha actuado a remolque de los arbitrarios deseos de algunas de las potencias que aspiran a lograr situaciones de primacía en el Congo. No es casualidad que a los dos días de firmado el armisticio el Gobierno de Adula volviese a reclamar de la O. N. U. que terminase con la secesión de Katanga por la fuerza de las armas. El Gobierno congolés, instigado por potencias extranjeras interesadas en continuar el caos del país, ha llevado a las Naciones Unidas a persistir en su conflicto guerrero. Se han desoído prudentes observaciones, como la formulada por el secretario del Foreign Office, lord Home, que declaraba el 22 de septiembre que «las diferencias internas deberán resolverlas los mismos congoleños pacíficamente», y se despreció la buena disposición de Tshombe, que reiteradamente, como el 27 de septiembre, dirigió llamamientos a Adula para reunirse con él en terreno neutral para resolver las diferencias entre los dos Gobiernos.

Los meses de octubre y noviembre, en que duró en Katanga el armisticio, la paralización de las operaciones bélicas por parte de las fuerzas de las Naciones Unidas se debió a que habiendo muerto el secretario general de la Organización debía esperarse a que su sustituto diese la orden de asalto final. Las potencias que imponían su voluntad en la O. N. U. sólo

podían considerarse satisfechas si el bastión katangués era aplastado. Esta era la determinación a que se había llegado y cuya solución final se retrasaba por la pérdida de la persona que había de ordenar la ofensiva general. Los dos meses transcurrieron en un constante compás de espera, caracterizado por exigencias a Tshombe de concurrir a una conferencia en Leopoldville, a las que el jefe katangués se resistía, temeroso, tal vez con fundamento, de sufrir una nueva detención como la de Coquilhatville, seguida de un final más definitivo. Estos meses de tregua se caracterizaron por repetidas violaciones del «alto el fuego» por las tropas que buscaban instalarse en lugares propicios para poder desencadenar la ofensiva final. Mientras tanto, se reforzaron los efectivos militares de los llamados «cascos azules», llegando al Congo nutridos contingentes etíopes e hindúes, así como aviones de distintas nacionalidades. La firma del acuerdo de «alto el fuego», el 14 de octubre, era una cuestión sin verdadero significado. Aunque puramente simbólico en su espíritu, no dejó de contrariar al Gobierno de Leopoldville, que por boca de su ministro de Asuntos Exteriores, Bomboko, expresó su oposición considerándolo «inaceptable» (declaraciones del 17 de octubre), amenazando con plantear el problema ante la Asamblea General de la O. N. U. si se ratificaba dicho acuerdo. Siguiendo esa línea, el 20 de dicho mes el presidente Kasavubu anunció solemnemente que «garantizaría cualquier operación del Gobierno que pueda conducir a terminar con la secesión katangués». El 23 de octubre el Gobierno central congoleño rechazaba el ofrecimiento de Tshombe de entablar negociaciones. La aprobación por las Naciones Unidas, el 24 de octubre, del protocolo de acuerdo firmado en Elisabethville entre los representantes de la Organización mundial y las autoridades katanguésas no supuso ningún cambio en el plan de conducta trazado. Para forzar la solución bélica, única aceptable a Leopoldville, a primeros de noviembre las tropas de Mobutu y Lundula iniciaron el ataque a Katanga. La desesperada resistencia katanguésa hizo fracasar el avance, como reconoció, el 6 de noviembre, el jefe del Gobierno, Adula. Este inició entonces una enérgica campaña política para obligar a la O. N. U. a mantener el peso de nuevas operaciones. La derrota de las tropas de Mobutu, en Luputa, provocó una reacción de ira entre los siempre indisciplinados soldados del Gobierno central que se trasladaron a Luluaburgo, donde violaron a 18 mujeres europeas y apalearon a los blancos que pudieron capturar, entre ellos varios misioneros. Los vandálicos hechos se produjeron ante la presencia de tropas suecas, que se negaron a intervenir. El envío por el Gobierno central, el 7 de noviembre, de una «comisión de encuesta» para

investigar los vergonzosos sucesos, constituía sólo un procedimiento de trámite para calmar la indignación que trascendía a amplios círculos mundiales. No podía tener efectos prácticos, porque si se tuviese que castigar a todos los soldados congoleños autores de robos, asesinatos y violaciones, quedaría desmantelada la horda titulada «Ejército central». La Organización mundial se limitó a formular protestas, y persistió en su deseo de franquear el acceso a Katanga a estas tropas. Así trasladaron el 10 de noviembre fuerzas de Leopoldville al aeropuerto de Albertville, bajo control de las Naciones Unidas, permitiéndoles apoderarse de la población, que sometieron a toda clase de vejaciones.

Las reuniones iniciadas en la sede de la O. N. U. el 11 de noviembre con objeto de examinar el problema congoleño se celebraron bajo el signo de la fuerte presión de Adula y los países simpatizantes para que la Organización mundial actuase decisivamente para someter Katanga. Moscú, interesado en que la guerra pusiera al Congo al borde de la anarquía, reclamó enérgicamente la intervención militar abierta. Adula pidió a las Naciones Unidas los medios bélicos para terminar con la secesión katanguesa. Ceilán, Liberia y la R. A. U. reclamaban el empleo de las fuerzas internacionales para someter Katanga al Gobierno central. Para que se instalasen en ese Estado las tropas del Gobierno central que el mismo día, 11 de noviembre, en que la O. N. U. se reunía para poner a su disposición los medios humanos y materiales de conquistar Katanga, atacaban a 13 aviadores italianos desarmados, los hacían prisioneros, los asesinaban salvajemente y descuartizaban, repartiendo sus restos entre la muchedumbre que los devoraba y arrojando los restos al río. Estos 13 aviadores, puestos por el Gobierno italiano bajo el mando de las Naciones Unidas, verificaban misiones de paz: transporte de refugiados, alimentos y medicinas. Pero las hordas del «Ejército central», despreciando todo sentimiento de humanidad, se ensañaron con la misma ferocidad que han venido mostrando a lo largo de año y medio de independencia. Para tales hordas salvajes, el asesinato, el robo y la violación constituyen su distracción favorita. Por mucho que se apoyen sus actuaciones, estos hechos incontrovertibles demuestran que no ha cambiado el viejo espíritu sanguinario de las tribus congoleñas y que es desconocer la realidad, o suma hipocresía, pretender considerar como un Gobierno soberano y responsable a un conglomerado de tribus antropófagas.

Una vez más, el 16 de noviembre, Adula reconoció, en una proclama por radio, las atrocidades de sus tropas, como había reconocido las salva-

jadadas de Luluaburgo. En vez de abstenerse de todo apoyo a un Gobierno cuyas Fuerzas Armadas hacen gala de tan vandálico espíritu, las Naciones Unidas cometieron el error de aprobar en el Consejo de Seguridad una enmienda norteamericana de no reconocer la soberanía de Katanga y apoyar el uso de la fuerza para terminar con las actividades secesionistas de dicho Estado. Cumpliendo esa resolución, el 5 de diciembre «las fuerzas de paz» desencadenaron la ofensiva sobre Katanga, con la ayuda de todo género de medios naturales, bombardearon y arrasaron Elisabethville y aniquilaron el régimen de Tshombe.

Estos hechos, sumariamente expuestos, demuestran la trascendencia y gravedad que implica la acción de la O. N. U. en el Congo. Se ha procedido con ligereza al aceptar una tesis tan discutible como es que el Congo constituye una unidad política, cuando la realidad de 300 tribus diferentes y hostiles lo desmiente. Otorgar plena autoridad a un «Ejército central» integrado por soldados indisciplinados conduce a perpetuar los incidentes sangrientos, puesto que cada soldado, instalado en una región de etnia diferente a la suya, se comporta como en país conquistado, adoptando una conducta brutal ante los nativos que le consideran como invasor y extranjero. Las sangrientas matanzas entre balubas y soldados de Leopoldville confirman esta opinión. Pero la equivocación mayor reside en creer que el Ejército de Leopoldville, con el que se ha cooperado en la lucha de Katanga, siente el menor respeto por las fuerzas de la O. N. U. En año y medio hemos asistido a combates de los soldados de Leopoldville contra distintos contingentes de «cascos azules»: nigerianos, ghaneses, tunecinos, sudaneses y malayos han sufrido grandes pérdidas a manos de aquéllos. Su presencia sólo se tolera cuando conviene a sus propósitos. El 3 de marzo, el presidente Kasavubu había anunciado que sus tropas abrirían fuego en el caso de que los soldados de la O. N. U. intentaran desarmarlas.

Es decir, que el haber puesto fin a la secesión katangueña no elimina los motivos de inseguridad que persisten en el país. En el momento en que las tropas internacionales abandonasen el Congo, las luchas se reproducirían y si las fuerzas de la O. N. U. permanecen seguirán produciéndose luchas intertribales y combates con los «cascos azules». La mutua hostilidad entre los dirigentes congolese sigue viva y ha de originar sangrientos episodios.

Más bien que a remediar los males que padecía el Congo, la acción de la O. N. U. puede haber contribuido a favorecer los designios soviéticos de instalar en el país un régimen afín, tarea fácil cuando se ha acentuado el caos que existía. El *Saturday Evening Post* (14 de octubre) declaraba: «El pre-

sidente Tshombe estaba de acuerdo en ir hacia una federación de Estados congolese, pero las Naciones Unidas insisten en que Katanga debe someterse a la completa autoridad de un Gobierno central dominado por los comunistas.» El primer ministro federal de Rhodesia, sir Roy Welensky, declaraba (3 de diciembre) que «los Estados Unidos están llevando a cabo una política que sólo puede terminar cediendo extensas zonas de África a la influencia comunista».

Otro hecho que debe meditar es la energía con que la Organización mundial—que desoyó las peticiones de ayuda que le habían dirigido los legítimos gobernantes de Hungría—ha intervenido en el Congo. Ni el Tíbet ni Laos, ni otros países, han suscitado respuesta tan vigorosa y contundente. Por esto es lícito suponer que las presiones que se han ejercido sobre la Organización han sido muy poderosas e influyentes. Moscú se mostró categórico en su demanda de intervención, y las naciones del bloque «neutralista» apoyaron esa determinación. No puede sorprender que esas naciones hayan patrocinado la idea de imponer en el Congo un férreo centralismo por la fuerza de las armas. No puede sorprender porque lo han implantado en sus propios países de la misma forma, pero con menor publicidad. Es el caso de Ghana subyugando ferozmente a los Ashantis; el de Guinea, imponiendo el dominio de las poblaciones costeras; el de Yugoslavia, reduciendo a la esclavitud a los croatas, etc. Pero extraña que los Estados Unidos, que forman un sistema federal, se hayan opuesto categóricamente a que una forma federal de Gobierno se establezca en el Congo, Tshombe estaba claramente a favor de una Federación de Estados congolese. El hecho de que para que triunfe esa tesis de ciertos países de la O. N. U.—comunistas y no comprometidos principalmente—, Washington contribuya con 40 millones de dólares, aun sabiendo que la guerra en el Congo había de ser una guerra feroz y sin cuartel que había de suscitar odios imborrables, aumenta la perplejidad. Sería insuficiente considerar la explicación de que, con su gesto pretendidamente pacificador, los Estados Unidos buscaban atraerse las simpatías de los jóvenes Estados africanos, porque los países del grupo de Brazzaville—los mejor preparados y maduros políticamente—se habían opuesto enérgicamente a toda intervención militar en Katanga y el resentimiento que la conducta norteamericana ha despertado no podrá ser reparado fácilmente. Moise Tshombe ha señalado abiertamente la incongruencia de la política norteamericana². El hecho de que

² «Los Estados Unidos están cometiendo una trágica equivocación al apoyar la agresión de las Naciones Unidas contra mi país. ¿Cómo puede una nación que durante

pese a las calificadas y múltiples advertencias, como las del Foreign Office y Quai D'Orsay, Washington persistiese en su apoyo de la invasión de Katanga, fundamenta la suposición de que se albergaban propósitos concretos.

Tal vez en esta conducta desconcertante de Washington hayan influido otras razones puramente materiales. Tshombe ha denunciado reiteradamente que la razón de la absurda política norteamericana en el Congo radica, fundamentalmente, en motivos económicos: el anhelo de obtener el control de las extraordinarias riquezas minerales de Katanga. El capitalismo de Wall Street y otros países—según tales opiniones—indudablemente se regocijaría si, aun no logrando conseguir apoderarse del cobre katangués, pudiese paralizar durante cierto tiempo la producción congoleña de ese metal. Uno de los objetivos más perfectamente logrados ha sido la destrucción de las instalaciones de la Unión Minera. No se trataba tanto de ayudar al Congo a obtener dichas instalaciones como de paralizarlas. En tal caso, las poderosas compañías internacionales Anaconda, Phelps Dodge y Kennecott dominarían,

toda su historia ha sido la campeona en la causa de la Libertad permitir que aviones norteamericanos participen en la carnicería no sólo de soldados katangués, sino de mujeres y niños inocentes? Dos veces en los últimos tres meses mi país ha sido atacado bajo el vicioso pretexto de que las Naciones Unidas tenían que «evitar la guerra». En primer lugar, las fuerzas de las Naciones Unidas atacaron a Katanga para «evitar una guerra que podía haber sido provocada por la invasión de las fuerzas congoleñas». No hace falta decir que en aquel momento no había ocurrido ninguna invasión. La lucha presente estalló porque las Naciones Unidas alegaban estar en posesión de un plan, indicando que Katanga preparábase para atacar a sus fuerzas. Este proceder introduce un extraño concepto, el cual, incidentalmente, parece tener el respaldo del Departamento de Estado norteamericano. Ese extraño concepto puede ser llamado «guerra preventiva», en el cual el atacante se excusa con alegación de que la víctima podía «inevitabilmente haber atacado más tarde». Este es un concepto terriblemente peligroso para poner en práctica en la política internacional... Es una lástima que los funcionarios de los Estados Unidos no comprendan—o no quieran comprender—que Katanga es en realidad el baluarte más fuerte contra el comunismo en el Africa central, y que ésta es la razón de que mi país haya sido el blanco constante del campo soviético durante los diecisiete meses de nuestra independencia «de facto»... Pero queda en pie el hecho de que la debilidad del Gobierno de Leopoldville no es la carencia de dinero, sino la falta de organización, administración y la falta de un control real y efectivo sobre el país. Permítaseme expresar la esperanza de que los Estados Unidos puedan comprender que al apoyar el ataque de las Naciones Unidas a mi país están ayudando directamente a las ambiciones de la Unión Soviética de esclavizar al Africa central. Valerian Zorin, embajador ruso en las Naciones Unidas, sería el último en negar esto» («Tshombe ruega a los Estados Unidos que reconsideren la política del Congo», por Moïse Tshombe, *Arriba*, 15 de diciembre).

LOS ACONTECIMIENTOS DEL CONGO

sin competencia, el mercado mundial, imponiendo sus precios libremente y eliminando, siquiera sea temporalmente, el 10 por 100 de excedente de la producción mundial³. Es una política que otros países de secular experiencia africana, como la Gran Bretaña y Francia, han considerado suicida.

Los problemas del Congo siguen vigentes y no es razonable esperar su resolución en breve plazo. Las causas profundas del desorden no han sido eliminadas, sino acrecentadas, con la desafortunada intervención armada.

JULIO COLA ALBERICH.

³ Pese al desorden que imperaba en el resto del Congo desde la proclamación de la independencia, Katanga siguió su vida normal y su fecunda actividad económica. En 1960, la Unión Minera extrajo más cobre que en 1959, 300.000 toneladas, que aportan a la Tesorería de Katanga unos 800 millones de dólares anualmente.

CRONOLOGIA